

Manuel de Falla y Bergamín

El contexto de una correspondencia

«El comunismo está flaqueando, lo que restituye al cristianismo su alcance revolucionario. El catolicismo traiciona o bien se vuelve conservador. Conservador, ¿de qué, Cristo y Señor? De títulos, de fortunas, de privilegios. La tradición no tiene nada que ver allí. Importa legar el espíritu, no «la letra que mata». Nunca dudé de que algunos católicos lo sintieran. Pero, hoy, parece que la Iglesia misma lo comprende, que ha empezado a comprenderlo. Algunos (entre ellos Péguy, primero, luego Maritain, Marcel, Mauriac, Berdiaeff, Bergamín) ayudaron mucho para que así fuera.»

En estas líneas del 3 de diciembre de 1938, pocos meses antes de que termine la guerra civil española, André Gide (1) juzga a José Bergamín (entonces agregado cultural de la Embajada de España en París) uno de los raros católicos que han luchado por que la Iglesia rompiera con su pasado —precursores lejanos e insospechables del Concilio Vaticano y de la encíclica *Populorum Progressio*.

Tres años antes, en 1935, otro católico, Manuel de Falla, ha roto prácticamente con Bergamín por las mismas razones que motivaron el elogio de Gide. Para éste era valentía lo que para Falla error y heterodoxia.

La aspiración a la pureza

1935: Falla llega a los 59 años como una sombra ahogada y cadavérica del poeta superficial y finísimo de las *Noches en los jardines de España* (1915) y *El Amor Brujo* (1916). Desde que enfermó por primera vez, veintitrés años antes, en París, un vasto combate contra sí mismo lo ha conducido a una forma de ascetismo pétreo, sordo, benévolo sólo para con los demás, severísimo para consigo.

Gravemente enfermo, hospitalizado después de haber tracionado un instante, con una meretriz,

un afán de pureza que lo obsesionaba desde la adolescencia, Falla sufrió la prueba con espíritu bíblico, como maldición divina, como punición. Y salió de ella titubeante, resuelto al retraimiento y a la huida.

Desde 1912, a partir de su imperfecta curación, las secuelas de la enfermedad lo agobiarán sin descanso, acaso deseadas, si no cultivadas por él, hasta su último día (2). El ascetismo se confundirá entonces, cada vez más, con una forma de apocamiento, de permanente temor a la ira de Dios y de resentimiento frente al sexo.

Mediterráneo, hijo del sol, sensual, Falla inició en París, para siempre, la lucha nocturna con su aspiración a la pureza. Para él la religión fue agente de un conflicto doloroso y extenuante que quería purificador. Muertos sus padres poco después de su regreso a Madrid, en 1919, dejará la capital por Granada, donde durante veinte años vivirá con su hermana María del Carmen: nadie lo verá jamás con otra mujer.

Otro rasgo determinante (¿determinado?) será la humildad. Pero aún cuando alcance extremos inútiles —por ejemplo impulsándolo a eliminar su nombre de las partituras—, en las raras treguas de la enfermedad esa humildad no anulará su gracejo andaluz, el de *El Sombrero de Tres Picos* (1919), que sólo esporádicamente se manifiesta en su correspondencia.

En Granada, el Quijote seco que luchaba en él contra su duende pagano obtendrá la recompensa a su perseverancia con *El Retablo de Maese Pedro* (1923), donde sin embargo la ironía rescata a veces la retórica, y, sobre todo, con el *Concerto* para clave, flauta, óboe, clarinete, violín y violoncelo (1926) que junto a la pieza *Pour le tombeau de Paul Dukas* (1935), constituye la cima de su poder creador.

Para subir hasta ella, Falla ha debido primero nutrirse de lo nacional (andaluz) y luego, partiendo de la música castellana —la más occidental de España— universalizarse. En el *Concerto* llega a la abstracción por el camino tradicional de los creadores españoles, que nunca abandonan lo abstracto directamente, y una vez adquirida fuera (en Francia) la técnica —los imprescindibles medios— atraviesan lo concreto para alcanzar lo abstracto sin desmentir la realidad de que partieran.

(1) *Journal* (1889-1939), Editions. Gallimard, París, 1948, p. 1327.

(2) Una sífilis. Dejo voluntariamente de lado el aspecto freudiano. Un análisis psicológico (psicoanalítico) sería indispensable en otro tipo de trabajo, no en éste.

A partir de esa cumbre comenzará Falla —con la carne quizá apaciguada pero presa de una hipersensibilidad enfermiza y paralizante—, el largo, sordo, oscuro descenso hasta la muerte. Doble muerte, pues cuando llegue la última hora (en 1946, en Alta Gracia, Córdoba argentina, donde había radicado en 1939 con su inseparable hermana), *La Atlántida* quedará inconclusa.

Diecinueve años —desde 1927— trabajó en ella, y de ciertos pasajes dejó hasta seis versiones. Lucha sin fin, tarea estéril, porque había olvidado acabarla. Persecución de una perfección *irreal*. Y cuando, años más tarde, se la oiga por fin, *La Atlántida* sonará gris, mediocre, retrógrada, incluso, con relación a las obras que precedieron.

Las huellas en Cruz y Raya

La historia de los breves y equívocos lazos de Falla con Bergamín sigue las huellas de la revista *Cruz y Raya*, que apareció en Madrid, 1933; éste fue su director, y aquél, uno de sus fundadores.

En 1933, a seis años de empezada *La Atlántida*, Falla lo pasa a menudo tan enfermo que muchísimos días se van «de la cama al sillón y del sillón a la cama», como dirá en varias cartas.

Dos veces interrumpirá el silencio de Granada para buscar en Palma de Mallorca, por algunos meses, una paz en todas partes invisible. Ataques nerviosos, vértigos, fiebres, reumatismos y cien males más lo aquejan continuamente. Una obra mínima (un coro sobre una balada de Chopin o una *Fantasia* sobre el nombre de Fernández Arbós), unos minutos más de música, le significan meses de trabajo abrupto, postergado hoy y mañana, una y otra vez.

Bergamín debió parecerle siempre a Falla un tanto inquietante. Sentía en él un pensamiento indócil, adivinaba allí un catolicismo demasiado distinto del suyo, más continuamente tentado, o, al menos, *confesadamente tentado*; más preocupado por la peripecia, por la contingencia; una fe menos dolorosa, también, o de otro modo difícil, fascinada por el manjar y el pecado, débilmente defendida de las delicias terrestres, del deleite; acaso, incluso, impregnada de duda metafísica:

*En teoría, yo creo
pero en la práctica, no.*

*Por eso pienso que yo
gracias a Dios soy ateo* (3).

También los separa la actitud hacia la República. A partir de la abdicación de Alfonso XIII, en 1931, los intelectuales buscan en su mayoría realizar una obra a la vez creadora y social. Miguel de Unamuno regresa del exilio para asumir el rectorado de la Universidad de Salamanca. Desde la *Revista de Occidente*, fundada en 1923, José Ortega y Gasset renueva la publicación de todo lo que estima útil para vincular el medio al resto de Europa. Aumenta la edición de libros nacionales y de traducciones. Bergamín pone por obra su proyecto de revista.

Unos trabajan fuera de la política, otros dentro de ella, algunos pese a ella. A Falla le preocupa el *ateísmo oficial* del nuevo gobierno (4). A Bergamín le atrae el ímpetu cultural, la ocasión de obrar, el renacimiento posible.

Junto al reparto de tierras y al fomento de la enseñanza, el laicismo es objetivo inmediato de las autoridades. Nobles, terratenientes y militares se unen en la oposición, apoyados por la Iglesia. El gobierno responde disolviendo la Compañía de Jesús. En marzo de 1932, bandas de exaltados queman iglesias y conventos. En su *Diario*, Gide duda de que «este furor sea signo de verdadera liberación» y comprueba en él «algo de espasmódico que bien podría no durar» (5).

Falla sufre: «Malos momentos estamos viviendo», exclama en una carta. «Sólo me consuela la firme esperanza de que nuestro catolicismo resurja fuerte y limpio de la impureza y de la ignorancia que desgraciadamente tanto lo habían debilitado» (6). Aunque subrayando que su gesto carece de significación política, rechaza en 1932 un proyecto de homenaje a su persona, pues «si se niega oficialmente a Dios todo homenaje», ¿cómo él, pregunta, «pobre criatura suya, podría aceptarlo?» (7).

La política es para él realidad provisional, errada, frente a la verdad permanente, revelada de la

(3) José Bergamín: *Duendecitos y Coplas*, Ed. Cruz del Sur, Santiago de Chile, 1963. En p. 75.

(4) «Ya supondrá usted lo que me hace sufrir el ateísmo «oficial» de España», dice en carta del 6-3-1932 a Gerardo Diego.

(5) *Journal* cit., p. 1.044, día 13-5-1931.

(6) Carta cit. en Nota 4.

(7) Carta a Segismundo Romero. Granada, 3-4-1932.

religión. La Iglesia es atacada: eso basta para formular un juicio. No se le alcanza, como a Gide, que España «ha merecido esos excesos y que su Inquisición de antaño le preparaba con larga anticipación esas represalias» y, aún, que para explicarlas, «no haría falta remontar tan lejos» (8).

Ve un fantasma: el diablo —su diablo, y reacciona exasperándose, *exasperando su religiosidad* hasta la manía. Si a menudo colabora en muchas realizaciones —siempre que no quepan equívocos políticos— prefiere sobre todo aquellas en que su condición de creyente y practicante halle modo de manifestarse. Revista «de afirmación y negación» (según reza en el subtítulo), *Cruz y Raya* es asimismo y sobre todo revista de cristianos. Falla acepta figurar entre los responsables y promete incluso una colaboración: sus *Notas sobre Wagner*, publicadas en 1933 (9).

En ellas —sin duda su mejor artículo— sitúa al músico alemán y analiza con sutileza algunos aspectos de su obra para concluir, en una pirueta andaluza: «... al fin y al cabo, Wagner era, como tantos otros de su categoría, un enorme personaje de aquel enorme Carnaval que fue el siglo XIX, al que sólo puso término la Gran Guerra, principio y base del Gran Manicomio que está resultando el siglo en que vivimos».

Una correspondencia

Las cartas de Falla a Bergamín —nueve— jalonan una lenta pero perceptible progresión de la adhe-

sión entusiasta al rechazo enérgico de la revista e ilustran sobre la persistencia de una obsesión: la de no compartir la responsabilidad de su publicación, primero como *editor*, y al final, incluso como *fundador*.

He tenido los originales en la mano y he podido copiarlos. Las de Bergamín a Falla —unas doce— parecen definitivamente perdidas salvo la última, que más adelante transcribo íntegramente (10).

El 18-5-1933, Falla pide a Bergamín que lo saquen de la lista de «editores» regularmente publicada en cada ejemplar de *Cruz y Raya*. Dado que vive en Granada y no en Madrid, estima que su papel de responsable «no tiene apenas más valor que el puramente nominal.» ¿Denota esto ya la preocupación por el fastidio que provocará la revista en muchos católicos desde su primer número? «Yo sé que será bastante discutida —dice— por muchos de «esta banda y de la otra» y sería muy duro para mí hallarme sólo tan lejos de ustedes, compartiendo la responsabilidad que a todos pueda cabernos.»

«Y no me refiero solamente al sentimiento de la propia responsabilidad ante los demás (que es más fuerte cuanto más se avanza en la vida) sino *ante mí mismo*» (11).

Para calmar los eventuales temores de Bergamín y descartar toda falsa interpretación, sugiere que su cambio «de redactor (o «editor», es decir, responsable de la publicación) a colaborador» coincida con la aparición de su trabajo y se lo explique mediante una nota como motivado por su lejanía.

Aunque celebra la acogida que en muchos sectores conoció la revista, recuerda las «fronteras del pensamiento» que se fijaran sus fundadores y que Bergamín y Eugenio Imaz, secretario de redacción, expusieran en el primer número: mantener sus opiniones liberales dentro de las normas cristianas. «¡Esto es fundamental!», exclama. Criticando luego ese número inicial recién recibido, califica de «magistral» un artículo de Bergamín, «El pensamiento hermético de las artes», «lleno de agudeza de ingenio» pero, asimismo, capaz de «chocar a quienes sólo saben leer en superficie», con perjuicio evidente «para el prestigio cristiano de la revista, y más en estos días de servidumbre estatal al Príncipe de este Mundo...» Primera advertencia.

(8) *Journal*, *ibid.*

(9) En el número de septiembre de 1933 de *Cruz y Raya*, con el título de *Notas sobre Ricardo Wagner en el cincuentenario de su muerte* y recogidas luego en un volumen, junto a otros artículos de Falla, por Federico Sopena. V. Falla: *Escritos sobre música y músicos*, Espasa-Calpe, Argentina, Buenos Aires, 1950.

(10) Salvo indicación contraria, las cartas de Falla a Bergamín están fechadas en Granada. Las de Bergamín a Falla podrían hallarse en uno de los baúles que celosamente guarda en San Fernando de Cádiz el hermano del músico, Germán de Falla. Este me aseguró sin embargo en 1956, y, luego, en 1958, que no se encuentran entre los documentos que conserva. La única que poseemos, existe gracias a la copia que el mismo Bergamín sacó al enviarla a Falla.

(11) Subraya Falla. Nótese la alusión a la juventud de Bergamín, que contaba entonces 36 años.

El 22-6-1933, breves líneas para agradecer a Bergamín su acuerdo de principio y la promesa de quitarlo de la lista de «editores» de la revista en la primera ocasión favorable. Disculpas por no haber enviado todavía sus *Notas sobre Wagner*.

El 17-7-1933, éstas siguen sin terminar. Aún le «quedan cosas por decir...» pero conserva la esperanza de enviar «las cuartillas a fines de semana». Luego acusa recibo de otros números de *Cruz y Raya*, entre ellos uno con un artículo de Bergamín que le está dedicado, «Mangas y Capirotes», leído con «ese raro interés que traspasa la vida.»

El 9-8-1933, anuncia el envío de una carta a Pablo Picasso, presentándole a Bergamín, quien pedirá y obtendrá del pintor una colaboración para la revista. Hablará «otro día del número último, recibido con mucho retraso» y que apenas ha leído.

El 4-11-1933, última carta del año y segunda advertencia. Después de agradecer la publicación de sus *Notas* con modestia excesiva, pareciendo olvidar que las últimas generaciones españolas se vuelven instintivamente a él en busca de una tutela espiritual, y antes de tratar asuntos secundarios, pasa al último ensayo publicado por Bergamín en *Cruz y Raya*, donde señala en el Cristo de Velázquez cierta *luminosidad diabólica* (12).

«¿Cómo podría ser lo que usted dice —exclama— cuando su contemplación ha elevado tantas veces nuestras almas hasta Dios? Y esta es prueba que no admite engaño.»

«Pienso además que, dadas las cosas que desgraciadamente estamos sufriendo los cristianos de España, no es el momento de «desvirtuar». Ya ve usted que le hablo «con el corazón en la mano», como merece que haga su amistad que estimo tantísimo y a la que correspondo también con el corazón», agrega para suavizar la amonestación.

Pero insiste (...) «hay que velar porque en nuestra revista se refleje siempre el más puro espíritu cristiano».

La carta sigue al día siguiente, tras recibir una de Bergamín fechada el 3 de noviembre. Cita de éste la afirmación de que «se confunden cosas (que deberían) siempre ser inconfundibles», recibe con alborozo el proyecto de que Bergamín asuma la dirección de la revista, hasta entonces compartida, al menos nominalmente, con los demás «edi-

tores» y espera con impaciencia noticias sobre la ejecución del proyecto.

El 20-1-1934, precedidas por la palabra PAX que desde 1930 ostentaban casi todas sus cartas, escribe breves líneas para acusar recibo de una carta-circular de Bergamín a los «editores» de la revista y extrañarse —tercera advertencia— de no haber recibido respuesta a la anterior. «Sigo pensando como entonces, repite, afirmándome aún más en cuanto le vengo rogando desde que se fundó la revista, dadas las circunstancias actuales.» Para que no queden dudas, tras declarar que Bergamín, «con su clarísimo juicio, comprenderá perfectamente» cuanto considera inútil volver a explicar, decreta:

«Me es imposible, por tanto, continuar en la lista de «editores», aunque sienta muchísimo verme obligado a tomar esta decisión con carácter definitivo, pero en cambio me será muy grato ver mi nombre entre los «fundadores» (no editores) de la revista, cuyos comienzos seguí con tanto entusiasmo, como usted sabe sobradamente...»

¿Qué comienzos? No el primer número, seguramente, pues ya éste despertó sus críticas. Acaso se refiera al *proyecto* de la publicación, a todo lo que precedió su aparición, a lo que, según él, debía ser y casi no alcanzó a ser nunca.

La carta termina anunciando que, en París, Roland-Manuel está traduciendo para el *Courrier des Iles*, dirigido por Jacques Maritain, sus *Notas sobre Wagner*.

Tras tres meses de achaques ininterrumpidos, el 16-4-1934 aprovecha un respiro, para aludir desde Palma, rápidamente, al primer aniversario de la revista, y felicitar a Bergamín por el «grande y noble esfuerzo de voluntad y de inteligencia» que ha supuesto su labor. Los últimos números de *Cruz y Raya* apenas los ha ojeado. El *Almanaque*, también recibido, le parece «bellísimo» en lo que hasta entonces pudo apreciar.

A ese primer almanaque de formato pequeño, tradicional, titulado *El Acabóse* (del año 1933 y nuevo de 1934), cuidadosamente impreso e ilustrado, seguirá, al iniciarse 1935, otro, *El Aviso* (sub-

(12) Muchos años después, al recoger el ensayo en el libro *La voz apagada*, editado en México, Bergamín suprimió este pasaje por parecerle «equivoco y equivocado». (Comunicación oral de Bergamín).

título: «de escarmentados del año que se acaba») de gran formato, compaginación variada y composición gráfica a cargo del pintor Benjamín Palencia, fundador y colaborador de *Cruz y Raya*.

Los textos de este nuevo almanaque, dice Bergamín (13) «caprichosamente ordenados por mí, con, al parecer, por sus ilustraciones plásticas, tendencia, entonces, surrealista», encantaron a Paul Eluard, que recibía en Francia la revista y leía correctamente en español.

A Falla le produjeron conmociones que dominan en una definitiva carta del 16 de febrero de 1935 en la que (¿hecho revelador?) ha desaparecido, arriba, la palabra PAX, para dejar lugar a un epígrafe tomado del propio Bergamín:

«Si quieres pensar libremente
procura estar encadenado.»
(«La cabeza a pájaros»)

Un Almanaque «monstruoso»

Granada, 16 de febrero 1935

Señor Don José Bergamín.

Mi querido amigo: Yo quisiera poderle siempre escribir sobre cosas que le fuesen gratas, aunque, desgraciadamente, no pueda «siempre» cumplir mi propósito. Y ésta ha sido una de las causas de mi largo silencio. Desde que recibí los ejemplares que tuvo usted la mucha bondad y amistad de dedicarnos a María del Carmen y a mí de su libro ya citado, («La cabeza a pájaros») he querido enviarle nuestro cordial agradecimiento, y tanto por su estimadísimo recuerdo como por las «jondas» y claras cosas que, entre otras menos claras, en él hemos leído. Pero como al mismo tiempo tenía que hablarle de asuntos nada gratos, y no quería hacerlo sin un previo y detenido examen que evitase, no sólo una posible injusticia de mi parte, sino también un posible disgusto para usted, los meses se han pasado sin hallar el momento propicio y deseado que, muy a pesar mío, nunca se presentaba. Porque usted no puede suponer lo que ha llegado a ser mi vida. Hasta

tal punto me falta el tiempo, que sufro frecuentemente la sensación de que la vida se ha terminado virtualmente para mí. No me quejo de ello; por algo será así, y no hay que hacer más sino «dejarse conducir» después de agotar inútilmente los medios que, para evitarlo, están en las pobres humanas posibilidades. Si digo a usted todo esto es sólo para justificar mi silencio y para que no piense que fue consecuencia del suyo, también largo y lamentado. Aproveché la última estancia de Alfonso Valdecasas (14) en Granada para rogarle que dijese a usted algo de esto con otros «encargos» para usted relacionados con la revista, y en aquellos días me propuse confirmarle lo que Alfonso le habría dicho; pero, una vez más, me vi obligado a seguir aplazando mi carta. Y así se ha pasado el tiempo hasta ahora que recibo el «Almanaque de Cruz y Raya», cuyo envío agradezco, pero que tan amarga impresión me ha causado a pesar de las cosas bellas y admirables que contiene, o tal vez por eso mismo...

Con afecto que mucho me honra, usted me ha pedido repetidas veces que le hable siempre con toda claridad, y así voy a hacerlo: en conjunto, el Almanaque me parece *monstruoso* en el exacto sentido de esta palabra. Usted no se habrá dado cuenta de ello cuando así lo ha hecho, y, por mi parte, no juzgo en modo alguno la intención causante del mal, que, además, no me sorprende excesivamente dada la «marcha» seguida por la revista en sus últimos tiempos! lo único que debo añadir a lo dicho y a cuanto usted ya sabe es que, dado el punto a que las cosas han llegado y dada también la falta de exacto juicio (y la sobra de mala intención) con que el público suele ver e interpretar lo que le dan, yo no puedo seguir aunque sólo sea en la modestísima proporción correspondiente a quienes sólo ostentamos en ella el título de fundadores. Y esto se lo digo pensando y refiriéndome al mismo *próximo* número. Siendo sincerísima la amistad que le profesó, le escribo con pena por el disgusto que pueda ocasionarle, pero la conciencia así me lo exige de modo urgente y definitivo. No se trata de escrúpulos: se trata nada menos que de cumplir el segundo mandamiento de la Ley de Dios en su más esencial significación, aunque no sea la más comúnmente aplicada. ¿Qué más tengo que añadir al fino entendedor que es usted?...

(13) Comunicación epistolar. Carta a Luis Campodónico, Madrid, 18-1-1960.

(14) Catedrático de Derecho en la Universidad de Granada, fundador y colaborador de *Cruz y Raya*.

Perdóneme el mal rato que muy a pesar mío —se lo aseguro— pueda hacerle sufrir la lectura de esta carta, y reciba un cordial abrazo que le envíe con toda mi fiel amistad (15).

[Manuel de Falla]

Menos de quince días después, el 6 de mayo —un miércoles de ceniza, subrayará él mismo— enviará Bergamín a Falla seis páginas de apretada, severa, cálida respuesta, donde explicando —o explicándose— enjuicia, sin proponérselo al músico.

Tomar en vano el nombre de Dios

Madrid, miércoles de ceniza, 6 de marzo, 1935
Señor
Don Manuel de Falla.

Mi siempre querido y respetado amigo: recibí su carta el mismo día en que me marchaba a París para dar una conferencia sobre Lope, en Estudios Hispánicos de la Universidad. He vuelto el domingo por la noche y no quiero dejar de contestarle, despacio, antes de entrar en el laberinto de quehaceres que habitualmente, como a usted, según en su carta me dice, me absorben el tiempo casi por entero.

Su carta me ha dolido mucho efectivamente; y más por su sorpresa. No sabía nada de los *encargos* que usted le diera a Valdecasas para mí, pues a éste apenas si pude verle: y no por culpa suya, que me avisó varias veces para encontrarnos, sino por el agobio constante de cosas que pesan sobre mí.

He leído y releído su carta. Buscaba en ella alguna razón, algún motivo que me explicase su decisión. No los he encontrado. A cambio de esto, leo afirmaciones que me hieren profundamente por los supuestos que indudablemente las motivan; no mereciéndole yo siquiera el que Ud. me diga cuáles son. Tengo, pues, que atenerme, solamente, a saber que Ud. ha examinado mucho sus motivos, sin conocer éstos. El dolor y la melancolía que con ello me deja, no se refiere tanto, en un principio, a su alejamiento de mí como al no merecerle yo otra explicación en este sentido. Perdóneme, pues, que yo le diga, ahora, mis razones, sin saber si vienen o no a responder exactamente a las que Ud. tenga o haya tenido para su decisión.

Desde luego, su nombre, y todos los demás, la lista completa de *fundadores*, desaparecerá de la revista a partir del número 22, correspondiente a enero —y de fecha *anterior*, por consiguiente, a la de su carta, primera noticia mía de su deseo. Yo siempre entendí que el hecho de esa lista no suponía, en manera alguna, responsabilidad directa ni indirecta para los que en ella aparecían, sino el gusto para ellos y honra para mí de mantener presente siempre en la revista una verdad histórica: la de que todos juntos la iniciamos, la fundamos. Yo me negué repetidamente a dirigirla; y si lo hice, al cabo, fue por entenderlo un ineludible deber. Pero con toda la exclusiva responsabilidad de los que pudieran ser errores míos. No comprendo por qué, si a Ud. le parece que los hubo, no ha querido decírmelos antes; y aún, ahora mismo, me da Ud. a entender finalmente que los hay sin decirme cuáles. Yo puedo deducir este, gravísimo, de sus palabras: *que tomo en vano el nombre de Dios*. Pues bien, desde el primer momento de iniciación de la revista, me negué a dirigirla ni a colaborar siquiera en ella, si ésta se hacía una revista confesional católica, *cerrada*: porque eso sería, para mí, tomar en vano el nombre de Dios. Así lo expresé en la presentación, que tuvo una adhesión entusiasta. Mi posición ha sido, en términos generales, la aconsejada por el Papa Pío IX: esto es, la de no hacer una revista católica, porque esto es buscar el amparo propio en una manifestación de la Iglesia, en vez de defenderla; sino lo contrario: hacer, los católicos, una revista en la cual, con toda modestia y decisión, resultarían espontánea, naturalmente defendidos aquellos principios espirituales que, para nosotros, los católicos, coinciden —en la vida, en la historia, en la cultura—, con la libertad, la independencia personal y humana de nuestra fe y de su práctica real y pública.

Pero... hacer una revista. Sustantiva. Con literatura, con filosofía, con investigación científica, con arte... de veras. Con todas las actividades espirituales del pensamiento, independientes y compatibles con la actividad religiosa de la fe —y de la esperanza y de la caridad. Mi torpeza, mi insignificancia personal, habrán abortado, a su parecer,

(15) Todos los subrayados son de Falla, como son de Bergamín todos los de la carta que sigue.

el propósito. Mis intenciones, aunque no me lo diga —ni acaso se lo diga a sí mismo, por la estimación que me tiene, tan superior a la que yo merezco—, mis intenciones, habrán servido, una vez más, para ir completando el empedrado del infierno. Yo no puedo decirlo. No es poco en la permanente intranquilidad de mi conciencia, lo que esto significa. Pero la obra está ahí. ¿Por qué no se me dice, claramente, dónde radica el mal, cuáles son sus faltas? Para que yo las salve en ella y las salve en mí.

Pero Ud. que sabe la veneración en que le tengo, me abandona diciéndome, sencillamente: «yo no puedo seguir a su lado porque yo no puedo tomar en vano el nombre de Dios.» Luego yo lo tomo. Y añade Ud. como única explicación para estas *terribles palabras*: «el almanaque me parece monstruoso, lo que no me choca dada la *marcha* que viene tomando la revista.»

Yo llamo su atención sobre esto. Si Ud. ha examinado sus afirmaciones para no ser injusto conmigo, según me dice, ¿cómo se le escapa el agravio que su decisión me supone, al no querer Ud. decirme siquiera cuáles son los motivos que la impulsaron, a sabiendas del daño que tenía que hacerme?

Voy, sin embargo, a tratar de explicarle —o tratar de explicarme a mí mismo, ante Ud. —qué interpretaciones pudieran deducirse verdadera o equivocadamente, de la *marcha* de la revista tal como yo la vengo dirigiendo; y del *monstruoso* almanaque. Para que Ud. al conocerlas, pueda, si quiere, responderme.

La revista, cumpliendo sus propósitos, fue leyendo y publicando colaboraciones que fueran por sí mismas o por sus autores de tan indiscutible calidad poética o estética, literaria, científica, moral, etc... que la formaran como quiso, trató de ser, una revista «de colaboración abierta, independiente». Al mismo tiempo, yo quise que se transparentase siempre nuestra vida actual, en aquellas resonancias que, por su trascendencia propia o pública, manifestasen nuestra afirmación o negación, nuestra crítica, en suma, ante la compleja y difícil vida actual española y del mundo. Para esto, en su CRISTAL DEL TIEMPO, se fueron recogiendo diversos aspectos generales. No tantos, ni muchísimo menos tan ciertamente, como hubiera sido mi deseo. Pero yo mismo, con mi firma, en una serie

de comentarios breves, cuya coherencia de conducta creo manifiesta, fui dando o haciendo una crítica, no sé si certera, pero puedo afirmar que sincerísima, en este sentido. A la vez que en la serie de CRIBA se iniciaba un comentario permanente a los principales aspectos de libros o publicaciones o aún sucesos recogidos en la prensa diaria. Todo ello, tendiendo a fijar siempre claramente nuestro *sí* y nuestro *no*, nuestra *cruz* y nuestra *raya*. Pero siempre, siempre, por mi parte, en todo —en mis escritos como en los demás— con el firme empeño y exquisito pudor de no tomar el santo nombre de Dios en vano. Y ni tampoco el de su Iglesia por Cristo. En cambio, y con pretexto de esas brevísimas secciones de «La espada y la pared», «Las cosas claras», etc... quise ir dando pequeños *avisos*, a unos y a otros, con textos de evidencia tal que cumplieran siempre, como creo que casi siempre han cumplido, su pura intención epigramática. Y quizá de estas breves advertencias, de estos rapidísimos avisos, episódicamente situados en la revista, surgiera el gran AVISO que como almanaque de este año he publicado, recatando por veracidad más aún que por modestia, el esfuerzo enorme de atención, selección y cuidados que durante más de un mes me vino costando. Y en esto, en este AVISO mío —que Ud. no pudo suponer al condenarlo la sangre que me cuesta—, puse, con más empeño que nunca, mi propósito de siempre, de ir penetrando en el ánimo, tan distraído, del lector español, con las palabras más hondas y verdaderas de nuestra fe, sin que, por las *apariencias* y *tramoyas*, como diría Calderón, en que este espectáculo de la vida humana se le ofrece, se aperciba casi de la intención piadosa, compasiva, caritativa, cristiana que le penetra. Y para ello, tomé por el camino más corto: el de la belleza, el de la poesía. No sé si habré sabido lograrlo. Ud. cree que no. Y para mí es un gran dolor esta opinión suya.

Yo he quitado del almanaque mi andamiaje después de haberlo armado. Pero a Ud. no puede escapársele su coherencia, su sentido: como su honda, *jonda*, razón de ser auténtica. Monstruo, sí lo hay en él: pero «monstruo de su laberinto». Es un sueño de la vida y del mundo en que puede Ud. encontrar el *espejo* y el *enigma* con que los cristianos, desde la palabra de San Pablo, nos lo explicamos todo. Pero con el afán constante, que

hay en mí siempre, no sé si exagerado, de eludir toda pedertería. Por eso, yo no soy de los que gustan espectáculos de confesionalismo repugnante, en ningún sentido (la palabra *confesión* para San Agustín quiso decir y dijo —y dice— todo lo contrario que para cualquier rousseauianismo, sea de quien sea, incluso el de ese desdichado histrión grotesco de un Padre Laburu, a quien la gran falta de autoridad eclesiástica española aún no ha hecho callar como debía) (16). No. Yo prefiero decir mis veras entre burlas. Es cuestión de estilo.

Ud. considera esto peligroso. Para mí lo más peligroso es no hacer las cosas cuando de este modo las entendemos. Yo las hago *como Dios me las da a entender*, sencillamente. Y las hago, porque tengo grabadas en mi memoria aquellas palabras de San Agustín que dicen: «que el entender sin el hacer, es lo más peligroso.»

Tal vez por esto, la obra hecha —el *artefacto* de los escolásticos— no tiene para mí, en su independencia absoluta de realización propia, ninguna responsabilidad ni adherencia ajena, ni moral, ni política, ni religiosa: es un instrumento que no puede ser en sí malo o bueno, sino como tal cosa. La responsabilidad moral y política y religiosa no está en su autor —como pensaba nuestro nunca bastante conocido Fray Juan de Santo Tomás— sino en el que lo utiliza; y en su autor lo está, cuando éste, como otro cualquiera, lo utiliza. No necesito insistir en esto que es tomismo puro, y de Ud. sobrado conocido (17). Es decir, filosóficamente, nuestra más estricta ortodoxia.

Pero Ud. que personalmente no me ignora, sabe cómo toda mi vida, y más que nunca ahora, está tejida de sufrimientos y preocupaciones constantes. Que el secreto único de mi ser es este dolor de vislumbrar, de entrever, sin alcanzarlo nunca por entero, el camino de Cristo. Que no hay una sola partícula de mi vida, ni en el alma ni en el cuerpo, que no me punce en ese sentido constantemente, como un remordimiento; que el pensamiento de la muerte me persigue desde la infancia; que toda mi vida y mi fe, están en mí, constantemente ensombrecidas por la intranquilidad permanente de mi conciencia... Y que, por todo eso, doy gracias a Dios, pues siento que con ello, y por ello, no estoy definitivamente dejado de su mano (18).

Y puede ser Ud. creyente, para mí ejemplar —hasta dónde, no digo, por no herirle en su humildad misma—, quien me reproche el *juego literario* de ocultar, *no por respeto humano sino por respeto divino*, aquellos sentimientos que sólo el más puro ejercicio de la caridad puede comunicarnos!

Si yo fuera tan santo o tan pecador como un San Juan o un Lope, claro es que haría y diría, que de decir y hacer se trata, de muy otra manera. Pero ¿qué quiere Ud. que yo más haga si apenas sé ni decir lo que quisiera, saltando ese trecho del hacer tan grande para mí?

Por último, y aunque en este sentido no temería de Ud. ninguna discrepancia, quiero que Ud. también conozca, expresamente, toda mi repugnancia íntima y veraz por todo este mundo español de católicos oficiales (Gilson diría: institucionistas) (19); por toda esa hipocresía y baratería o botatería politiquera, que viene haciendo de nuestra santa Iglesia, bandería o mercado de las más indignas ganancias. Por la descomposición corrompida y corruptora del clericalismo. Por toda esa sucia mascarada de intereses y pasiones viles que se disfraza de religión católica para explotar la superstición nacional o la beatería infeliz. Por todo, en fin, lo que trafica vergonzosamente con la cruz de Cristo, desde el escaparate o la solapa a la papeleta de la urna electoral. Para todo esto pido yo su ira, el gran viento de su palabra inspiradora. Y como yo, por pecador, por miserable, personalmente, por indigno, no puedo hacer tampoco

(16) El Padre Laburu, sacerdote que hacía frecuentes incursiones por la teología y la filosofía, con intenciones de proselitismo, entre gentes poco avisadas. Representaba una de las formas de la charlatanería de entonces.

(17) No tanto como creía (o decía creer) Bergamín. El pasaje parece, en verdad, irónicamente amargo. Falla se halló siempre, en todo caso, más cerca de la beatería (inconsciente) que de la reflexión, y sus lecturas, hartamente representativas, comprendían más bien catecismos y hagiografías de tono muy menor que gravidades tomistas. Sobre la frase que sigue, relativa a la *ortodoxia* de su posición, Bergamín acaso *juega*, valiéndose de una ambigüedad que Falla parece incapaz de descubrir.

(18) En verdad la amplificación lírica de este párrafo me dejó siempre un tanto escéptico.

(19) Etienne Gilson, filósofo francés nacido en París en 1884. Ingresó a la Academia Francesa en 1946. Autor de una *Historia de la Filosofía en la Edad Media*.

nada, tengo que esperar, templando mis nervios con la esperanza y con la desesperación de ver tanta mentira, tanta ignominiosa y nauseabunda pudredumbre, que se moteja cínicamente entre nosotros de catolicismo. Tengo que nombrarle a Ud. todo eso que se llama, justamente, CEDA, porque es lo último a que podía llegar, efectivamente, en España, el alfabetismo positivista con sus confluencias de cloaca en el lerrouxismo, masonería, etc. etc...? (20).

En fin, mi siempre querido y respetado, venerado amigo, perdóneme todo lo que en esta carta no le parezca enteramente dedicado a esclarecer cualquier error que las circunstancias, la distancia, el silencio, o quién sabe qué cosas! puedan poner entre nosotros.

Pero tampoco quiero, ni debo, callarle la amargura, que entre tantas otras —yo le diría que hoy, con el sabor en mi boca todavía de la ceniza—, tiene que llevarle esta carta por el grande e inesperado daño que me trajo la suya.

Le es siempre verdadero amigo y devoto

[José Bergamín]

P. S.— El matrimonio Maritain me dio, en París, muchos recuerdos para Ud. si le veía o escribía. También le recordé con Roland-Manuel y con Picasso, a quien visité y con quien estuve largo rato.

De Maritain publico en la revista un buen ensayo que saldrá quizá antes en España que en Francia, o simultáneamente. Creo que le interesará. Lo titula: «La clef des chants», que yo traduzco, con su aprobación, por «¿Quién pone puertas al canto?»

(20) CEDA: Confederación Española de Derechas Autónomas. Angel Herrera y Gil Robles, líder de la Democracia Cristiana, era su jefe. «Lerrouxismo», no de Pierre Leroux, filósofo y político francés (1797-1871), sino de A. Lerroux, jefe de los «republicanos históricos», conservadores anticlericales españoles, parapetados entonces tras la izquierda republicana.

(21) O los médicos se equivocaban, o engañaban a Falla con frecuencia, o él había resuelto llamar gripe a muchas de las secuelas de su enfermedad. Así, en sus cartas, habla continuamente (conté cuarenta y siete veces en ciento dos cartas a distintos destinatarios) de *estados gripales* que rara vez, seguramente, eran tales.

(22) Es decir: sin tener que dictar la carta a su hermana, imposibilitado de escribir a causa de sus males.

A esta densa carta, Falla responderá un mes más tarde con diez y siete líneas en que promete —acaso sabiendo que no lo hará nunca— contestar como Bergamín se merece:

Repase mi carta anterior

Granada, 5 de abril 1935

Señor

Don José Bergamín

Mi siempre querido amigo: Poco después de recibir su carta (que mucho me impresionó y le agradecí, y que hubiese querido contestar en seguida) caí enfermo con un fuerte ataque gripal que me tuvo en cama varios días y que aún no ha desaparecido por completo, aunque, gracias a Dios, el mal parece ya vencido (21). Esta es la primera vez que escribo «directamente» (22), pero no puede usted suponer con cuanta dificultad lo hago, y sólo por no dejar pasar un día más sin escribirle, para que no pueda usted interpretar mi silencio como olvido de su carta (que siempre tengo presente) y de un asunto que tan vivamente me sigue preocupando y sobre el que volveré a escribirle en cuanto se afirme mi salud. Hoy sólo he de rogarle que «repase» mi carta anterior; verá que en ella me refiero al almanaque «en conjunto»... En fin: ya le escribiré «debidamente». Mientras, con mi pesar sincerísimo por la amargura que mi carta le produjo, y con mi agradecimiento por haber atendido mi ruego, le envío un abrazo con mi muy cordial amistad.

[Manuel de Falla]

P. D.— No sabe usted cuánto deseo que podamos charlar largamente! El diálogo epistolar sirve para bien poco tratándose de asuntos de tal gravedad y trascendencia.

El diálogo roto

Estas líneas constituían un modo de evasión. ¿Bastará para explicar esta implícita ruptura la guerra civil, que estalló al año siguiente, y la partida de Falla para América Latina? No lo creo. El espíritu sutil y lúcido, a ratos iesuítico y a ratos satánico de Bergamín, no conmovió nunca profundamente la

concepción mineral de Falla. Sus relaciones estaban condenadas a romperse. Tanto más cuanto que siendo Falla un torturado, un desesperado en quien las huídas a la beatería representaban, más que un gesto consciente, falsas, provisionales soluciones, el ímpetu, el brío, la alegre tristeza de Bergamín en su quehacer debían irritarlo sobremedida. Y tanto más, también, cuanto que la guerra misma había de separarlos aún: Bergamín era republicano, y Falla se sintió desde el comienzo nacionalista (23).

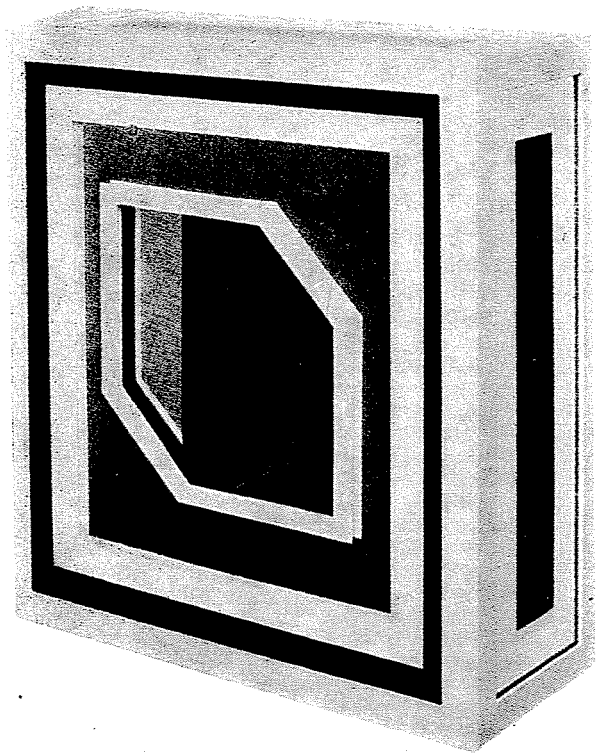
La correspondencia no se reanudó ni siquiera años después, cuando Bergamín expiaba su militancia en el exilio de México y Falla combatía en Argentina a la pobreza y a las sombras de su *Atlántida*. «Los acontecimientos españoles lo impidieron», dice Bergamín (24). «Ninguno de los dos pudimos romper aquel silencio. Era muy difícil

recuperar el hilo de aquel diálogo nuestro trágicamente interrumpido sin culpa nuestra.»

No había culpa, por supuesto. Pero creo que tampoco hubo diálogo. □

(23) Esto lo llevó a componer para un regimiento revolucionario andaluz, un himno que se ha perdido, pero no le impidió, en un acto de caridad que muestra bien el aspecto positivo de su fe, intentar salvar a García Lorca de la muerte. Lorca, que en junio había leído a Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Guillermo de Torre y otros amigos, *La casa de Bernarda Alba*, recién terminada, había salido el 16 de julio de 1936 de Madrid para Granada. Una tarde, en esos días, convalesciente de una operación, Falla se enteró de que estaba en la cárcel y peligrosaba su vida. Buscó un auto y corrió a la Comandancia. Le dijeron que ya lo habían ejecutado. Al parecer, le mintieron, pues fue muerto días después. Todo lo que Falla pudo hacer fue llevar la noticia a la madre de Lorca.

(24) Carta cit. en Nota 13.



[Cubo, por Larry Bell.]